

**convergencias**



# La Carta al padre

## Del retardamiento y la indecidibilidad\* del deseo

*Alejandro Montes de Oca Villatoro\*\**

### *Resumen*

En este artículo se analiza la relación entre creación y lazo social, a partir de la *Carta al padre* de Franz Kafka. Se aborda el análisis mediante la noción de posterioridad de Freud, que al ser interpretada desde la óptica de la reelaboración analítica entendida como reescritura, nos permite entender la creación literaria de Kafka a partir de la noción de la diferencia de Derrida. Ello nos lleva a comprender que la disyuntiva vital de Kafka —expresada en la carta, por la paradoja de que lo que él entiende como su fracaso ante la vida, es decir, su incapacidad de constituir el lazo social que entiende como fundamental, el matrimonio—, es a la vez lo que le posibilita su salvación y su cura a partir de su trabajo de escritura, ya que éste le implica la renuncia al matrimonio.

*Palabras clave:* inscripción, posterioridad, reelaboración, escritura, diferencia.

### *Abstract*

The focus of this article is the relationship between creation and social bond from the analysis of Franz Kafka's Letter to his father. The analysis is approached from the notion of posterity in Freud, which being interpreted from the analytical re-elaboration perspective understood as rewriting, allowing us to understand Kafka's literary creation from the notion of

\* Noción, que en un sistema lógico, nombra una proposición de la que no es posible demostrar que sea verdadera o falsa. Por lo que bajo esta condición es posible plantear tanto una doble exclusión, ni esto ni aquello, como una doble participación, a la vez esto y aquello.

\*\* Profesor-investigador, Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

*différance* in Derrida. This enables us to understand how it is that Kafka's vital dilemma, shown in the letter, expressed by the paradox that what he sees as his own failure to life, namely, his incapacity to construct the social bond that he himself regards as fundamental, the marriage, is at the same time what enables his salvation and healing through his writing, since this activity would imply the renunciation of marriage.

*Key words:* registration, posterity, re-elaboration, writing, *différance*.

A los 36 años, Franz Kafka –quien moriría a los 41– escribe un documento autobiográfico impresionante y, con él, va al encuentro retroactivamente de su infancia. Busca explicarse, ante el padre, lo que entiende como su fracaso en la vida al quedar imposibilitado para contraer matrimonio a consecuencia de los *métodos educativos* que su padre habría empleado, y que critica duramente por los efectos traumáticos que le habrían ocasionado. Pero al mismo tiempo podemos constatar que esta incapacidad también la piensa como una dolorosa pero inevitable renuncia para preservar su trabajo de escritura. Es necesario, no obstante, señalar que la *Carta al padre* se produce en cierta forma a destiempo, es decir, que para acercarnos a ella hemos de pensarla en el retardo desde la perspectiva abierta por Freud, al pensar la psique en la lógica del *a posteriori*, esto es, que la causalidad psíquica tendría un efecto retroactivo. Si Kafka elabora un testimonio que se produce con un importante diferimiento, ya que la escribe cuando es un hombre maduro, da cuenta de un largo trabajo interior acerca de estas experiencias infantiles, lo que desde una perspectiva psicoanalítica podemos denominar reelaboración, y en este sentido, como reescritura.

En esta *Carta* que nunca hizo llegar a manos del padre –aunque hay quien sugiere que la madre sí la leyó y que fue ella quien la interceptó–, Kafka expone, con enorme rigor intelectual y dentro de una lógica recusatoria, la manera como vivió su infancia dominada

por la tiranía implacable de su padre que desglosa e impugna con crudeza, ya que pretende demostrar que esta tiranía determinó que su fracaso fuera inevitable. ¿Por qué fracasa Kafka frente a su padre a pesar de su enorme capacidad analítica y su gran inteligencia? Max Brod, su amigo y quien escribió la primera biografía del praguense, comenta a propósito de esta carta:

[...] la lucha que libraba Kafka por su propia perfección (él hubiera dicho: por su manifiesta imperfección) era tan ardua que no le permitía ni pensar siquiera en exhibirse al mundo externo o en arreglarse con él. En consecuencia, aunque la *Carta al padre* está escrita con la mayor sinceridad y únicamente por puro idealismo, su contenido –su verdad subjetiva– resulta ambiguo y difuso en confrontación con los hechos escuetos (1937:22).

Pero lo que sostenemos aquí es que Kafka no habla de los hechos escuetos, ya que si partimos del hecho de que la vida psíquica nunca responde únicamente a los “hechos” sino que éstos siempre se construyen, es decir, que “la vida psíquica no es ni la transparencia del sentido ni la opacidad de la fuerza, sino la diferencia en el trabajo de las fuerzas” (Derrida, 1966:277), esta carta, con la que Kafka da cuenta de un batallar interior que se prolongó largos años, resulta un documento de otra índole.

Kafka va al encuentro del sentido de su infancia hacia el final de su vida, ya que muere cinco años después de escribirla, por lo que es presumible que previamente a su escritura debió vencer una gran resistencia frente a este examen de la relación con su padre, por lo que en este texto realmente da cuenta de un largo trabajo de revisión y reelaboración de su infancia desde una atalaya que le permite una visión muy amplia, y si bien “esta reelaboración de las resistencias puede convertirse en una ardua tarea [...] no obstante, es la pieza del trabajo [analítico] que produce el máximo efecto alterador” (Freud, 1914:147). Posiblemente es por esto que a Brod, quien por otra parte lo conoció probablemente mejor que nadie, le resulte la verdad subjetiva de la *Carta*, ambigua y difusa, ya que la psique –y esto es lo fundamental en relación con la carta– no trabaja a partir de recuerdos

fijados de manera inmutable. Freud escribe: “la experiencia psicológica muestra [que] existe un aprender-sobre con base en la memoria [...] entonces uno puede decir: la memoria está constituida por las facilitaciones (*Bahnungen*) existentes entre las neuronas” (1950:344). Pero ¿qué es lo que estas facilitaciones significan desde la perspectiva abierta por Freud? Luiz Hanns escribe en el *Diccionario de términos alemanes de Freud*, lo siguiente:

El sustantivo *Bahn* evoca la imagen de una “vía” o “pista transitible” [...] *Bahnung* es la sustantivación del acto de “crear una vía”, “excavar”, “instalar”, “abrir” una vía transitible. La *Bahnung* implica un proceso dinámico; lo que “abre caminos”, “revoluciona” (en alemán, algo revolucionario e innovador es expresado por *bahnbrechend*, palabra compuesta por *brechend*, gerundio de quebrar, literalmente “quebrante”, algo que rompe y abre espacios para la *Bahn*, camino) (1996:266-267).

Por lo que este aprender-sobre con base en la memoria, no podemos pensarlo como un proceso elemental y sin conflicto, sino por el contrario, para abrir la vía de la *Carta* debemos suponer que Kafka tuvo que excavar en la memoria y quebrar múltiples obstáculos.

Klaus Wagenbach, quizá su más importante biógrafo, ha escrito en relación con el carácter del padre, pero principalmente sobre la manera como éste influyó en Franz: “el hijo heredó justamente mucho de esa actitud monomaniaca, aunque en una forma completamente modificada, como una forma de encarar las cosas fanáticamente dirigida, como una concepción de la vida fanáticamente concentrada” (1958:20), en esto indudablemente hay mucho de razón, como veremos en la carta. Por otra parte, esta misma particularidad en su concentración le habría permitido un “conocimiento íntimo del pequeño totalitarismo familiar [lo que más adelante se habría de transformar, cualitativamente, en una comprensión de la realidad desde esta matriz fundamental, que habría de desembocar en] las grandes visiones kafkianas del mundo, en el cual el hombre está, a la vez solo y sin soledad” (Kundera, 1979:XIX). De tal forma que al revisar Kafka, con gran minuciosidad y contundencia, una a una las condiciones personales de su fracaso, por la gran lucidez e inteligencia

que revela en su escritura no exenta de un fino humor, elabora un texto que nos parece puede leerse como paráfrasis de un verdadero trabajo elaborativo en un sentido psicoanalítico:

Cuando yo empezaba a hacer algo que no te gustaba, y me predecías un fracaso, mi respeto a tu opinión era tan grande que el fracaso se volvía irremediable, aunque quizá se aplazara a una fase posterior. Perdí la confianza en todo lo que pudiera hacer yo mismo. Me volví inconstante, dubitativo. A medida que me hacía mayor, se iba incrementando el material de que disponías para recriminarme mi nulidad; así, poco a poco fue resultando que tenías razón de veras. Una vez más, me guardo mucho de afirmar que seas el único responsable de que me haya vuelto así; tú sólo has reforzado lo que ya había, pero lo has reforzado mucho, precisamente porque eres muy poderoso en comparación conmigo y empleabas todo tu poder (2000, II:816).

No hay que dejar de lado que esta carta la escribe en 1919, cuando ya ha escrito *La metamorfosis*, *La condena*, *El desaparecido* y *El proceso*, y si en las dos primeras recrea figuras del padre, en la tercera enfrenta las diversas facetas de la tiranía, así como en la cuarta aborda la cuestión de la ley, dicho esto claro está de manera somera. Por lo que es importante reiterar que para Freud la condición psíquica de la memoria es su cualidad de inconsciente, ya que la conciencia se anuda a la percepción, por lo cual, “es que conciencia y memoria se excluyen [...] [por lo que la] *conciencia cognitiva* secundaria es una conciencia supletoria según el tiempo, probablemente anudada a la animación alucinatoria de representaciones-palabra” (1985:219). Justamente esa conciencia supletoria es la que Kafka abría desarrollado, desde su imaginación portentosa, en todas esas obras. En esta vía es importante referir lo que Freud, en la carta a Fliess del 6 de diciembre de 1896, le escribe:

Trabajo con el supuesto de que nuestro mecanismo psíquico se ha generado por superposición de capas porque de tiempo en tiempo el material existente de huellas mnémicas experimenta un *reordenamiento* según nuevas concernencias, una *inscripción*. Lo esencialmente nuevo

en mi teoría es entonces la tesis de que la memoria no existe de manera simple sino múltiple, registrada en diferentes variedades de signos [...] Yo no sé cuántas de estas escrituras existen. Por lo menos tres, probablemente más [...] Quiero destacar que las escrituras consecutivas figuran la operación psíquica de épocas sucesivas de la vida (1985:218-219).

Y ya que la carta que nos ocupa nunca habría de entregarse a su destinatario, es de suponerse debía tener otros propósitos, y por la carta enviada a Milena Jesenská el 4 de julio de 1920 podemos comprender la enorme importancia que para él revestía la precisión con la que había sido escrita: “Mañana te mando la carta a mi padre, a tu casa, cuídala, algún día podría tal vez sentir deseos de mostrársela. No permitas si es posible que la lea nadie más. Y trata de comprender al leerla todas las argucias legales; es una carta de abogado” (Kafka, 2000, II:995-996).

Podemos afirmar entonces que Kafka ha elaborado ya cognitivamente, a partir de los textos literarios mencionados, esas experiencias, aunque indudablemente ha hecho mucho más que sólo eso no obstante que los resortes íntimos y la lógica profunda de las vivencias que describe como profundamente traumáticas estén en la base de dichas creaciones literarias. Pero siendo ya en 1919 un hombre maduro, armado de una vasta cultura y poseedor de una gran penetración intelectual, Kafka decide llevar a cabo este trabajo definitivo de reelaboración subjetiva. La *Carta* comienza, aparentemente, intentando explicarle al padre porqué ha afirmado tantas veces, tenerle miedo: “también a la hora de escribir me atenazan el miedo y sus consecuencias [...] porque las dimensiones del asunto van mucho más allá de lo que mi memoria y mi entendimiento son capaces de abarcar” (2000:803). Si bien no se aparta un ápice del tema que le ocupa y busca enfrentar las dimensiones del asunto a las que hace referencia, tendrían que ver precisamente con ese universo conceptual que ha construido a lo largo de su vida, y que en efecto rebasan la dimensión únicamente individual, y él lo sabe.

Uno de los temas preponderantes en la *Carta* será el de la culpa, tópico de enorme trascendencia en la obra de Kafka. Casi al inicio del texto, después de describir la que en su opinión sería la versión de su padre, de sacrificio por sus hijos, dándole así a él “plena libertad

para estudiar lo que me viniera en gana”, escribe: “Tu juicio sobre mi persona se puede resumir así: no me acusas de indecencia ni de maldad en sentido estricto (a excepción quizá de mis recientes proyectos de matrimonio), sino de indiferencia, distanciamiento, ingratitud” (2000, II:804). Y si por una parte pareciera fuera de lugar que el padre pudiera acusarlo de indecencia o maldad, no es así del todo, ya que al parecer en relación con sus proyectos de matrimonio sí habría sufrido alusiones en ese sentido, asunto de no poca importancia ya que esto es algo que se habría refractado, de forma grotesca a la vez que ominosa, en una de sus primeras obras publicadas: *La condena*, cuando el anciano y decrepito padre de George Bendemann se yergue de su lecho, descomunamente, y lo acusa implacable de indecencia y maldad, y esto es algo que habría de tener múltiples resonancias en gran parte de su obra posterior. Pero casi enseguida escribe algo esencial:

[...] y en todo ello sólo estoy de acuerdo con una cosa: yo también creo que no tienes la culpa de nuestro distanciamiento. Pero tampoco la tengo yo [...] En mi opinión, sucede realmente, la expresión inconsciente de un problema: entre nosotros hay algo que falla y tú has contribuido a ello, aunque sin culpa. Si es eso lo que piensas en el fondo, entonces estamos de acuerdo (2000, II:804)

Por un lado, la sola mención de algo que falla es de capital importancia, ya que para entender el surgimiento de su escritura, propiamente literaria en 1912, precisamente en relación con el vínculo establecido con Felice Bauer —con quien se comprometió en dos ocasiones, mismas que rompió pero que de forma indudable determina la escritura de sus dos primeros grandes relatos: *La condena* y *La metamorfosis*—, la noción de que algo falla en relación con ella es lo que permite comprender esta importante articulación entre su vínculo con Felice y la emergencia de su escritura literaria. Hemos abordado ampliamente (Montes de Oca, 2001) la relación de su escritura respecto de la noción de la falla, pero en este punto es necesario detenerse en la mención hecha del distanciamiento como expresión inconsciente de un problema en relación con su padre.

Sabemos por Patrizia Runfola –en su amplio y documentado estudio *Praga en tiempos de Kafka*– que éste asistía en compañía de Max Brod a:

[...] las conferencias que organizaba el círculo [del café Louvre] en el domicilio de Berta Fanta, la antigua casa llamada *El unicornio*, situada en la Altstadering (la plaza de la Ciudad Vieja), donde se discutían los problemas más importantes de la nueva época, desde la teoría de la relatividad hasta los fundamentos del psicoanálisis (2006:80).

Además, por una referencia hecha por Max Brod –en la biografía que escribió sobre su amigo poco tiempo después de su muerte–, nos enteramos de que conocía “bien las teorías de Freud” (1937:25). Y sabemos que Kafka era sumamente atento respecto de todo lo que escribía, meditaba largamente lo que habría de plasmar por escrito para después escribirlo de un tirón casi sin correcciones. Por lo que un documento de la importancia de éste, que escribió entre el 4 y el 20 de noviembre de 1919, debió haber dado muchas vueltas en su cabeza antes de ser plasmado por escrito. Ahora bien, a lo que Kafka apela en su texto es a la memoria, y en particular a la repetición por la escritura, de todos los agravios, y ya que la conciencia y la memoria se excluyen es sólo a partir de una serie de inscripciones y transcripciones que puede entenderse este trabajo de la memoria. ¿A qué se refiere entonces Kafka al escribir *expresión inconsciente*?

Por supuesto, hoy no soy capaz de describir directamente los medios educativos que utilizaste en mi primera infancia, pero puedo imaginármelos a partir de los recuerdos que tengo de años posteriores [...] Sólo recuerdo de primera mano un suceso de los primeros años. Quizá también tú lo recuerdes. Una noche me dio por gimotear una y otra vez pidiendo agua, no porque tuviera sed, sin duda, sino por fastidiar y al mismo tiempo distraerme. Después de intentar sin éxito hacerme callar con graves amenazas, me sacaste de la cama, me llevaste a la galería, cerraste la puerta y me dejaste un rato allí solo en camisón. No pretendo decir que fuera un error, ya que quizá en aquel momento esa era la única manera de obtener el necesario silencio nocturno, pero este

episodio revela con toda claridad el carácter de tus métodos educativos y el efecto que éstos producían en mí. Seguramente aquello me hizo más obediente, pero abrió una herida en mi interior. Debido a mi manera de ser, jamás pude comprender la relación entre mi absurdo empeño en pedir agua, que a mí me parecía perfectamente natural, y el hecho extraordinariamente terrible de que me sacaras de casa. Pasados los años todavía me atormentaba la idea de que aquel hombre enorme, mi padre, el detentador del poder absoluto, pudiera, sin apenas motivo alguno, aparecer en plena noche, arrancarme de la cama y sacarme a la galería, demostrando con ello lo poquísimo que yo le importaba. Aquello no fue más que el inicio, pero lo que está claro es que el sentimiento de nulidad que me domina a menudo (un sentimiento que, desde otra perspectiva, puede ser noble y fructífero) tiene en buena parte su origen en tu influencia (2000, II:806-807).

Es claro, por la sutileza con la que es narrado el acontecimiento, sin omitir las agudas ironías —*no por que tuviera sed, sin duda, sino por fastidiar y al mismo tiempo distraerme*—, así como por la contundencia de las conclusiones derivadas de lo acontecido —*seguramente aquello me hizo más obediente, pero abrió una herida en mi interior*—, que lo relatado no solamente cuenta lo sucedido, sino que es testimonio de una profunda reflexión sobre lo acontecido en la infancia. Sabemos que el proceso secundario para Freud, esto es, la conciencia pensante, es como se indica posterior, es decir que viene con retraso en relación con la temporalidad de los hechos que se habrían inscrito *originalmente*, pero que sólo sería posible pensar desde una posterioridad siempre repetida, ya que no hay nada que pueda pensarse como presencia original. Por lo que en este sentido es importante comprender lo que para Kafka significaba la escritura de esta requisitoria al padre, ya que como escribe Brod, “[...] la relación con las teorías de Freud, sobre todo con su representación de lo inconsciente, es [...] ininterrumpida” (1937:25).

Algo [...] sucedía con tu superioridad intelectual. Habías llegado tan lejos sólo gracias a ti mismo, y en consecuencia estabas totalmente convencido de que no podías equivocarte. De pequeño, aquello no me deslumbraba

tanto como más tarde, en mi adolescencia. Gobernabas el mundo desde tu sillón. Siempre tenías razón, y cualquier otra opinión tenía por fuerza que ser absurda, extravagante, lunática, anormal. Confiabas en ti mismo hasta tal punto, que incluso podías prescindir de ser coherente contigo mismo: eso no te privaba de tener razón. También podía suceder que en un asunto no tuvieras opinión alguna, y por lo tanto todas las opiniones imaginables al respecto tenían que ser sin excepción erróneas. Por ejemplo, podías maldecir a los checos, luego a los alemanes y luego a los judíos, y no sólo en aspectos parciales, sino globalmente, de modo que al final no quedaba en pie nadie más que tú. Adquiriste a mis ojos el carácter enigmático de todos los tiranos, cuya infalibilidad emana de su persona, no de su pensamiento. O por lo menos así me lo parecía [...] Todo esto se aplicaba tanto a las ideas como a las personas. Bastaba con que yo mostrase algún interés por una persona –algo que, a causa de mi manera de ser, no sucedía muy a menudo–, para que, sin la menor consideración a mis sentimientos ni respeto a mi opinión, te inmiscuyeras prodigándole insultos, calumnias y humillaciones [...] Pero en eso consistía precisamente tu educación. A mi modo de ver, no te falta, ni mucho menos, talento educativo; sin duda, tus métodos le habrían sido de provecho a una persona cortada con el mismo patrón que tú. Esa persona habría sabido valorar lo acertado de tus afirmaciones y, sin preocuparse de nada más, se habría limitado a actuar, según esa norma. Pero para mí, de pequeño, todo lo que vociferabas era poco menos que mandato divino, nunca lo olvidaba, se convertía para mí en el instrumento más importante para juzgar las cosas del mundo, y ante todo para juzgarte a ti, y en eso radicó tu rotundo fracaso (2000, II:809-811).

La violencia contenida en el manejo acerado de la ironía, sin duda es algo que rompe finalmente los obstáculos y abre espacios –*no te falta, ni mucho menos, talento educativo*–, pero al tiempo que nos estruja nos lleva a esbozar una sonrisa incómoda, para que, al final, a partir de un manejo impecable de la paradoja –*todo lo que vociferabas era poco menos que un mandato divino, nunca lo olvidaba, se convertía para mí en el instrumento más importante para juzgar las cosas del mundo, y ante todo para juzgarte a ti*–, emitir contundente su implacable juicio –*en eso radicó tu rotundo fracaso*. Y dada la enorme fuerza de sus argumentos,

literalmente quebrantables, y en ese sentido revolucionarios, cabe en este punto suscribir el interrogante planteado por Max Brod:

¿Para qué necesitó Kafka de su padre? O mejor: ¿por qué no pudo liberarse de él, a pesar de la actitud crítica con que lo enfrentaba (de aquí resulta que el primer motivo de dependencia, el del análisis de las contradicciones, no correspondía a la realidad); por qué no se liberó de los padres mediante el distanciamiento al que tantos niños deben recurrir obligados por la necesidad; o más aún, ya que efectivamente se distanció, y con el correr del tiempo apenas si llegó a hablar con él alguna vez, por qué padeció tanto a causa de tal distanciamiento y de tal frialdad? [...] En cuántas conversaciones con el amigo, cuya profundísima herida conocía entonces [...] traté de hacerle entender que sobreestimaba al padre y que era absurdo su autodesprecio. Todo era en vano: por instantes el cúmulo de argumentos en que se apoyaba Kafka (cuando no optaba por callar, como sucedía a menudo) llegaba literalmente a estremecerme y abrumarme (1937:27).

Es posiblemente cierto que Kafka sobrestimara a su padre, pero es más dudoso que lo justo en su caso fuese nombrar su concepción de sí como autodesprecio. Kafka reescribía, una vez más en la *Carta*, el largo proceso de reelaboración del conflicto con su padre, aunque aquí hay algo más de la mayor importancia, ya que como lo señala acertadamente Kundera: “[...] nos demuestra toda la *tecnología* de la culpabilización familiar” (1979:XIX), y lo que es aquí capital es que al desmenuzar sus mecanismos y resortes con la gran penetración intelectual que lo caracterizaba y que abrumaba a Brod, rebasaba de tal forma la sola perspectiva individual que, al hacerlo, encerraba a la humanidad dentro de sí.

El descubrimiento por Freud, de que la causalidad psíquica puede ser modificada ulteriormente, nos posibilita distanciarnos de una concepción psicologizante en la que a partir de una vivencia traumática ésta pudiera considerarse como el origen, en este caso, de la obra de Kafka considerada como producto de su padecimiento psicológico. Decimos que es mucho más que eso, ya que si estas *impresiones* traumáticas han estado abiertas a una continua elaboración, esto es, a

sucesivas reescrituras—debido a que “[...] para revertir una experiencia traumática, la reescrituración sobre esa huella o tejido de huellas tendría que ser persistentemente repetida” (Martínez, 2013:52)—, la obra que de esta forma habría de producirse rebasaría radicalmente esa condición de síntoma, ya que sus obras, exceptuando la *Carta*, no hablan de sí mismo sino que hay una portentosa recreación imaginaria a partir de la cual Kafka implica a toda la humanidad y, al hacerlo, produce una obra literaria de trascendencia universal.

Para Max Brod resulta claro que el praguense construyó “[...] su vida como una serie de tentativas para evadirse de la esfera paterna y alcanzar regiones apartadas de su influencia” (1937:28). Pero añade algo relevante, porque lo menciona como algo que habría sido designado así por el propio Kafka:

De tal suerte quiere también ordenar su obra literaria bajo el título conjunto de *Tentativas de evadirme de mi padre*, como si su goce de lo artístico y su fortuna de creador no se hubiesen erguido por sus propios medios sobre sus propios pies. En todo caso, quienquiera que fuera íntimo suyo no tenía de él la idea de un ser atormentado por la imagen paterna, sino la de un ser tocado ardorosamente por el instinto y el poder creadores, por el impulso cognoscitivo, la observación de la vida y el amor al prójimo (1937:29).

No obstante la gran relevancia de esta aseveración, nos parece que en esta apreciación hay algo que escapa a la comprensión de Brod acerca del sentido de la escritura para Kafka, y es el hecho de que es la propia escritura, es decir que es justamente por lo implicado en el proceso mismo de la escritura, que se construye esa posibilidad de lo otro, esa radical posibilidad de trascender lo meramente personal y contingente.

Al desplazar Freud el psiquismo de la esfera de la conciencia, e introducirlo en la *lógica* de lo inconsciente y la memoria, o mejor, ya que “la memoria es el inconsciente mismo” (Campbell, 2014:79), lo desplaza como es evidente, de la perspectiva de lo volitivo, y al hacerlo opera un importante giro, ya que lo inserta en la óptica de la producción, ya que el psiquismo así como produce lapsus, sueños

y síntomas, produce también otro tipo de procesos, como lo es de manera destacada, la escritura, en tanto que el psiquismo según lo describe Freud en el breve texto sobre la “pizarra mágica”, sería comparable a una máquina de escritura.

En la pizarra mágica, el escrito desaparece cada vez que se interrumpe el contacto íntimo entre el papel que recibe el estímulo y la tablilla de cera que conserva la impresión. Esto coincide con la representación que me he formado hace mucho tiempo acerca del modo de funcionamiento del aparato anímico de la percepción, pero me he reservado hasta ahora. He supuesto que inervaciones de investidura son enviadas y vueltas a recoger en golpes periódicos rápidos desde el interior hasta el sistema *P-Cc*, que es completamente permeable. Mientras el sistema permanece investido de ese modo, recibe las percepciones acompañadas de conciencia y transmite la excitación hacia los sistemas mnémicos inconscientes; tan pronto la investidura es retirada, se extingue la conciencia y la operación del sistema se suspende (1925:246-247).

De tal forma que a la escritura habrá que comprenderla a partir de una temporalidad siempre diferida, descentrándola respecto de la posibilidad de pensarla a partir de una verdad última que el trabajo de escritura pudiera recuperar, e insertándola, por el contrario, en relación con la construcción de otra cosa a la que su escritura daría lugar, otra cosa que habrá que poner en relación con el deseo de escritura, que para Kafka constituye su salvación y su cura. Ya que a diferencia de George Bendemann, quien es inducido al suicidio por su descomunal padre en *La condena*, Kafka reelabora las diferentes implicaciones subjetivas de ese padre a través de sucesivas reescrituras literarias y eso es lo importante, que a partir de un trabajo de recreación imaginaria hace literatura, no síntoma, es por eso que ese trabajo “le salvó la vida [y] fue su liberación y su redención” (Campbell, 2014:60). Debido a que su escritura literaria es esa mediación por la cual la memoria, nutrida de materiales cada vez más complejos, habría dado lugar a través de sucesivas reescrituras, a diversas formas literarias sucesivamente más ricas e imaginativas.

Pero además de esto, que de suyo es relevante, la *Carta* nos revela, en relación con aquello a lo que la escritura da lugar, es decir, respecto del diferimiento y la repetición, la abertura de las vivencias traumáticas que por la escritura se produce. Escribe Derrida que “[...] la *repetición* no añade ninguna cantidad de fuerza presente, ninguna *intensidad* [pero] reedita la misma impresión: [y] tiene sin embargo [por esto mismo] poder de abrirse-paso” (1966:278). No solamente es repetición, sino que al producirla se reedita por la escritura y, en ese sentido, es reelaboración y por lo tanto transformación.

[De esta forma] la *Bahnung* [freudiana] implica un proceso dinámico [en donde] ese surco que se abre [por el trauma] responde a la dificultad de marcarse o inscribirse por la resistencia o defensa que el aparato psíquico impone dado su propio diseño [Pero en Kafka, la] apertura de una vía [conseguida a través de su intenso trabajo literario] implica [no obstante] resistencia y violencia (Martínez, 2013:77).

Este documento establece una importante *explicación a posteriori*, por lo que en ella discernimos un cierto momento, enigmático por su inversión metafórica, de reelaboración de la experiencia íntima de esas inscripciones traumáticas. Por el largo tiempo transcurrido hasta el momento de la escritura de la *Carta*, sabemos que Kafka debió trabajar largamente sus reticencias frente a la escritura de esta larga requisitoria, y también nos queda claro que bajo la corrección estilística y la ironía hay una gran violencia apenas contenida por ese estilo literario sobrio y mesurado que caracteriza la literatura de Kafka.

Si quería huir de ti, tenía que huir también de la familia, incluso de mamá. En ella se podía encontrar refugio, pero sólo en lo tocante a ti. Te quería demasiado, y su lealtad y sumisión hacia tu persona pesaban demasiado para permitirle erigirse a la larga en una fuerza psicológica independiente capaz de desempeñar un papel en la lucha del niño. Ahí acertó mi instinto infantil, puesto que, con los años, mamá se fue poniendo cada vez más de tu parte; por más que siempre, en lo tocante a ella misma, preservara su ínfima independencia con elegancia y ternura, sin llegar nunca a ofenderte de veras, con el tiempo ha ido

haciendo suyos cada vez más ciegamente –más con los sentimiento que con la inteligencia– tus juicios y sentencias acerca de vuestros hijos, en especial en el caso, desde luego difícil de Ottla [...] Acerca de Ottla casi no me atrevo a escribir, porque sé que al hacerlo pongo en peligro todo el efecto que espero conseguir con esta carta. En circunstancias normales, es decir, no hallándose ella en peligro o en un trance singular, no sientes por Ottla otra cosa que odio; a mí mismo me has confesado que, en tu opinión, se dedica a causarte penas y disgustos por sistema, y que mientras tú sufres, ella está contenta y se ríe de ti. O sea, una especie de demonio. Qué enorme distanciamiento, mayor aún que el que hay entre tú y yo, debe haberse producido entre vosotros para que sea posible un desconocimiento tan enorme. Ottla está tan lejos de ti que ya casi no la ves, y pones un fantasma en el lugar donde supones que se encuentra. Admito que con ella has tenido grandes dificultades. No acabo de entender los entresijos del asunto, que es muy complicado, pero en cualquier caso te hallabas ante una especie de Löwy<sup>1</sup> equipada con las mejores armas de los Kafka [...] Por lo demás, al ser la última en nacer, se encontró con unas relaciones de poder consolidadas, y pudo forjarse su propia opinión a partir del abundante material ya existente. Incluso puedo imaginarme que, debido a su naturaleza, durante algún tiempo debió de dudar entre arrojarse a tus brazos o los de tus oponentes, y todo hace pensar que por entonces debiste fallarle en algo, lo cual la hizo sentirse rechazada; pero si hubiera sido posible, habríais formado una pareja extraordinariamente armoniosa [...] A la vista de todo esto, era de esperar que no sintiera el menor interés por la familia, como tú dices, pero sucedió más bien lo contrario: sí tenía un interés, aunque negativo: el de desasirme interiormente de ti, en un proceso que por supuesto nunca concluía. Con toda tu influencia tuvo efectos todavía peores, si cabe, sobre las relaciones con las personas de fuera de la familia. Te equivocas de medio a medio cuando piensas que soy capaz de hacer cualquier cosa por los otros, por amor y lealtad, y en cambio, debido a mi indiferencia y mi maldad, no muevo un dedo por ti ni por la familia. Te lo repito por enésima vez. Seguramente en otras circunstancias también me habría convertido en una persona temerosa y poco sociable, pero

<sup>1</sup> Kafka hace referencia al carácter del linaje de su madre, Julie Löwy.

de ahí a donde he ido a parar hay un largo y oscuro trecho [...] Por lo demás, en este caso basta con refrescar un poco la memoria: bajo tu influencia perdí la confianza en mí mismo y la sustituí por un infinito sentimiento de culpa (pensando en esa infinitud, escribí certeramente acerca de alguien: “Teme que la vergüenza le sobreviva”) (2000, II:825-826, 828-829, 831-832).

Cuando habla de Otlá, la hermana con quien Kafka tuvo mayor afinidad y con quien se hospedaba al momento de la redacción de la *Carta*, Kafka se permite especular —y *todo hace pensar que por entonces debiste fallarle en algo*—, es por eso el único pasaje en la carta donde se aparta de los hechos, tal y como los reconstruye y se comporta como psicoanalista interpretando acerca del vínculo entre ellos. La severidad de Kafka es implacable, pero más que sobre ningún otro sobre sí mismo, pasa revista a su familia sin asomo alguno de complacencia y su argumentación es fuerte y sin disimulos. El juicio al que somete a su padre es contundente —*bajo tu influencia, perdí la confianza en mí mismo y la sustituí por un infinito sentimiento de culpa*—, pero hay que recordar, como le advierte a Milena, que se trata de una carta de abogado llena de argucias legales. Por todo lo cual es que resulta impresionante la alusión final respecto de lo escrito acerca de alguien, porque en *El proceso*, escrita cuatro años antes, escribe al final de la novela:

Sin embargo, las manos de uno de los señores estaban ya en su garganta, mientras el otro le clavaba el cuchillo en el corazón, haciéndolo girar allí dos veces. Con ojos que se quebraban, K, vio aún cómo, cerca de su rostro, aquellos señores, mejilla contra mejilla, observaban la decisión. “¡Como un perro!”, dijo; fue como si la vergüenza debiera sobrevivirlo (2000, I:662).

Todavía más impactante, si cabe, es que en una nota de juventud dirigida a Max Brod, Kafka escribe: “Mi camino no es bueno y he de sucumbir como un perro (hasta tanto llega mi visión)” (Brod, 1937:71-72). Lo cual es sin duda relevante en la ruta de acercarnos a comprender cómo es que la literatura constituye su salvación. Y ya que nos aproximamos al final de la carta, se perfila de mejor manera

cómo se articula en Kafka la escritura, con esto otro que recién aquí aparece en la *Carta*, pero que ya estaba presente tanto en *La condena* como en *La metamorfosis*: la muerte. Es en esta línea donde nos parece indispensable referir algo de lo que Derrida escribe en “Freud y la escena de la escritura”:

Indudablemente la vida se protege a sí misma mediante la repetición, la huella, la diferancia.<sup>2</sup> Pero hay que tener cuidado con esa formulación: no hay vida *primero* presente, que *a continuación* llegase a protegerse, a aplazarse, a reservarse en la diferancia [...] Hay que pensar la vida como huella antes de determinar el ser como presencia [...] Es el retardo lo que es originario. Sin eso, la diferancia sería la demora que se le concede a una conciencia, a una presencia a sí del presente (Derrida, 1966:280).

De tal manera que sería esta relación entre lo que se llama el pasado en la *Carta*, las vivencias infantiles, puestas en la escena presente de la requisitoria, pero en relación con el futuro, lo que en nuestra opinión caracterizaría la significación última de la *Carta al padre*. Nos parece que solamente desde esta perspectiva podemos comprender cabalmente la *Carta*. Apuntaba arriba que esta carta nos resulta enigmática precisamente porque su significación no se agota en una requisitoria, ya que si bien lo escrito guarda la marca del pasado de Kafka, no la guarda menos que con el futuro, ya que como anota Kundera: “Kafka logró transmitir su visión de un mundo totalitario sin saber que esta visión era también una previsión [...] El laboratorio de la historia verificó así, *a posteriori*, la exactitud de la experimentación imaginaria de Kafka” (1979:XX). Acercarse al trabajo de escritura de Kafka, tanto en su literatura como en sus diarios, pero

<sup>2</sup> “La diferancia es lo que hace que el movimiento de la significación no sea posible más que si cada elemento llamado ‘presente’, que aparece en la escena de la presencia, se relaciona con otra cosa, guardando en sí la marca del elemento pasado y dejándose ya hundir por la marca de su relación con el elemento futuro, no relacionándose la marca menos con lo que se llama el futuro que con lo que se llama el pasado, y constituye lo que se llama el presente por esta misma relación con lo que no es él” (Derrida, 2003:48).

sobre todo en esta carta, implica tener que pensarla en su diferencia, es decir, no como una transposición simple a un texto presente, del trauma acontecido en otra parte, sino en este juego entre el presente, la marca del pasado, y la previsión hecha por su literatura de lo que se llama el futuro.

Lo que ya tenía algo más de fundamento era tu inquina hacia mi dedicación a escribir y todo lo relacionado con ella, por más que te fuera desconocido. En este terreno sí que me había separado de ti por mis propios medios, aunque, por así decirlo, como el gusano que, aplastada por un pie su mitad trasera, se desgaja de ella y se aparta del camino. Me sentía hasta cierto punto seguro, podía respirar; por una vez, tu aversión —en este caso la que, como no podía ser menos, te produjo de inmediato mi dedicación a escribir— me complacía. Herías mi vanidad y mi ambición con tu manera de dar la bienvenida a mis libros, que llegó a ser proverbial: “¡Déjalo en la mesita de noche!” (y es que normalmente, cuando llegaba un libro, estabas jugando a cartas); pero en el fondo aquel recibimiento me satisfacía, no sólo por el sentimiento de rebelde malignidad que me provocaba, no sólo porque confirmaba una vez más la idea que yo tenía de nuestra relación, sino por algo mucho más simple y primitivo: porque aquella fórmula me sonaba a algo así como: “¡Ya eres libre!”. Por supuesto, me engañaba: no era libre o, en el mejor de los casos imaginable, no lo era todavía. Mis escritos trataban sobre ti, lo único que hacía en ellos era llorar lo que no podía llorar en tu pecho. Era un adiós intencionadamente retardado que, pese a haberlo forzado tú, se encaminaba en la dirección determinada por mí. Pero todo aquello era bien poca cosa. Sólo es digno de mención porque aconteció en mi vida —en cualquier otro lugar habría pasado desapercibido—, y por otro motivo más: porque ha presidido mi existencia; en mi infancia era una intuición de futuro, luego fue una esperanza, y más tarde, en muchos casos, ha tomado la forma de la desesperación. Y me ha dictado —sirviéndose para ello de tu apariencia, si se quiere— las pocas decisiones que he adoptado (2000, II:837-838).

Es de esta forma compleja como hay que acercarse a comprender el trabajo de escritura de Kafka; por una parte, como suplencia, tal como él lo expresa con gran dolor: *era llorar lo que no podía llorar*

*en tu pecho*; pero por otra, separación, protegiéndose en la *diferancia* construida en su escritura, en el diferimiento de ese adiós retardado donde ajusta cuentas, y donde no se trata de una detención del tiempo en un presente coagulado en su escritura, sino de la producción de otra cosa por su escritura –trabajo entonces que, en parte, sólo en parte, ha sido elaborativo, porque aquí hay algo absolutamente esencial, que ese trabajo llevado a cabo desde la desesperación, es otra cosa, ya que si bien lleva la marca del pasado, también lleva la marca del futuro de la humanidad. Sería esa la significación última de la obra de Franz Kafka. Pero hay algo más, ya que en esta carta dice que la escritura ha presidido su existencia desde la infancia, es decir, que puede conocerse que Kafka ha escrito desde siempre, y la escritura le ha dictado así, *las pocas decisiones que he adoptado*. Pero continúa:

Por ejemplo la profesión que escogí. Cierto, tú me diste total libertad de elección, con esa generosidad y, en el mismo sentido, incluso paciencia que puedes mostrar a veces. Aunque también es cierto que te limitaste a aplicarme el tratamiento reservado habitualmente a los hijos varones de la clase media judía, o por lo menos te atuviste a los valores que rigen en esa clase. También intervino, en último término, una de tus creencias erróneas en lo referente a mi persona. Así es: desde siempre me has considerado muy aplicado, sea por orgullo paterno, por desconocimiento de mi verdadera existencia o por creer que una persona físicamente tan endeble por fuerza había de ser aplicada. Según tú, de pequeño no hacía más que estudiar, y luego, de mayor, no he hecho más que escribir. Pues bien, nada más falso que esa apreciación [...] Dedicaba todos mis esfuerzos a preocuparme de mí mismo, aunque de las maneras más diversas. Por ejemplo, podía preocuparme por mi salud. No era difícil; siempre había, aquí o allá, algún motivo para sentir pequeños temores: la digestión, la caída del cabello, una deformación de la columna vertebral, etcétera, y eso se intensificó en incontables fases sucesivas hasta acabar dando lugar a una verdadera enfermedad. ¿De qué se trataba realmente? No había, en rigor, ninguna dolencia física. Pero como no estaba seguro de nada, y necesitaba confirmar mi existencia de nuevo a cada instante, y no tenía, en sentido estricto, ninguna posesión indudable, exclusiva y ligada inequívocamente sólo a mí –lo que me convertía en un verdadero desheredado–, esa inseguridad se transmitió también, por supuesto a lo

más cercano, a mi propio cuerpo; crecí bastante en altura, pero no estaba preparado para ello: la carga era excesiva y mi espalda se encorvó; apenas me atrevía a moverme ni mucho menos a hacer gimnasia, así que me convertí definitivamente en un enclenque; contemplaba con asombro, como un prodigio, todo lo que aún conservaba, como por ejemplo mi digestión, y eso bastaba para estropearla; y con ello abría el paso a todas las manifestaciones de la hipocondría, hasta que luego, debido al esfuerzo sobrehumano que representó mi empeño en casarme (volveré sobre este tema más adelante), acabó brotando la sangre de los pulmones, aunque en ello probablemente también tuvo alguna responsabilidad el piso del palacio Schönborn, que yo creía necesitar para escribir, por lo que también he de mencionarlo en esta página. Así que todo eso no se debía al exceso de trabajo, como siempre te has imaginado (2000, II:838-840).

Es así como a Kafka su *dedicación a escribir* lo salva de su padre y en ese sentido lo cura, pero le impone un esfuerzo inaudito, como la de ese gusano aplastado que ha de dejar la mitad de su cuerpo para apartarse del camino, por lo cual es que ha debido tomar *la forma de la desesperación*. Es importante poner de manifiesto, con la mayor claridad posible, la continuidad en el argumento que establece una línea entre lo que él menciona como un desconocimiento de parte de su padre de su verdadera naturaleza, su aplicación a la escritura, y lo que denomina su hipocondría. Porque es necesario subrayar que es en ese entramado, precisamente, donde surge el tema del empeño en casarse, del que anota hablará más adelante porque no era el asunto que en ese punto le ocupaba, pero es en esa encrucijada que surge, y es en su opinión, el esfuerzo sobrehumano que le implica, lo que lo lleva a que brote la sangre de sus pulmones, que a la postre lo matará. Es precisamente aquí entonces que Kafka dibuja los contornos de su encrucijada vital; constituida entre la huella traumática de la relación con su padre, su empeño por casarse que supone una muy particular relación con las mujeres, y su trabajo de escritura.

Sea como sea, en esto demostré una asombrosa clarividencia, pues ya de pequeño tenía un presentimiento muy claro de cómo iban a ser mis estudios y mi vida profesional. No esperaba de ellos la salvación; hacía tiempo que había renunciado a encontrarla allí.

Por el contrario, no he demostrado clarividencia alguna en lo referente a la importancia y a la posibilidad de contraer matrimonio. Este asunto, hasta ahora el más terrible de mi existencia, se abalanzó sobre mí casi sin darme cuenta. De niño yo había tenido un desarrollo muy lento, y esas cosas me quedaban demasiado alejadas, aunque de vez en cuando sintiera la necesidad de pensar en ellas; pero nada me hacía sospechar que este asunto estaba llamado a convertirse en una ordalía permanente, decisiva y encarnizada como ninguna otra. Y sin embargo, mis proyectos de matrimonio se convirtieron en el más grande y optimista de mis intentos de escapar de ti, aunque luego su fracaso no fue menos grandioso.

Como en este terreno todo me sale mal, temo que también fracasaré en mi tentativa de hacerte comprensibles esos proyectos. Y eso que de ello depende por completo el éxito de esta carta, pues, por un lado, en esos intentos se concentraron todas las fuerzas positivas de que yo disponía; y, por el otro, todas las fuerzas negativas que he descrito hasta ahora, subproducto de tu educación —es decir, la debilidad, la falta de confianza en mí mismo y el sentimiento de culpa—, se juntaron también, poco menos que con furia, para formar un verdadero cordón de seguridad entre el matrimonio y yo. Hay otra cosa que me entorpece la explicación: me he pasado tantos días y tantas noches meditando y removiendo este asunto, que ahora hasta mí mismo se me vuelve borroso. Lo único que me facilita la explicación es tu incapacidad para entenderlo, en mi opinión, total; no parece excesivamente difícil corregir un poco un malentendido tan completo.

Para empezar, tú alineas mis frustrados proyectos de matrimonio con el resto de mis fracasos; en principio no tengo nada que objetar a ello, a condición de que aceptes la explicación que vengo dándote de mis fracasos. Es cierto que mis proyectos de matrimonio han sido un fracaso más, pero subestimas su importancia, hasta tal punto que cuando hablamos de esto entre nosotros, en realidad hablamos de cosas completamente distintas. Me atrevo a decir que en toda tu vida no te ha pasado nada tan importante como lo fueron para mí mis proyectos de matrimonio. No quiero decir que nunca hayas vivido nada importante; al contrario, has tenido una vida mucho más rica y llena de inquietudes y penalidades que la mía. Pero precisamente por eso nunca te ha pasado nada comparable. Es como si un hombre tuviera que subir cinco escalones bajos y otro un solo escalón, pero tan alto como los otros cinco juntos; el primero

no sólo logrará subir los cinco, sino cientos y miles de escalones más, y al final habrá tenido una vida grande y trabajosa, pero para él ninguno de los escalones habrá tenido tanta importancia como para el otro el primer y único escalón, que le resultará imposible subir aunque eche mano de todas sus fuerzas: nunca lo superará y por supuesto nunca irá más allá de él.

Casarse, formar una familia, recibir de buen grado todos los hijos que lleguen, velar por ellos en este mundo incierto e incluso guiarlos un poco: he aquí lo máximo a que, a mi parecer, puede aspirar una persona. El hecho de que tantos aparenten lograrlo fácilmente no invalida esta afirmación, pues, en primer lugar, no muchos lo consiguen de verdad, y en segundo lugar, normalmente esos no muchos no lo “hacen”, sino que simplemente les sucede; eso no tiene nada que ver con la máxima aspiración a la que me refería, aunque no deja de ser algo muy grande y muy digno (sobre todo porque en este caso “hacer” y “suceder” no se pueden separar por completo). En definitiva, muchos no alcanzan esa meta, sino que se quedan en una cierta distancia, alejada pero suficiente; no hace falta volar hasta el sol y arrojarse en su centro, pero sí al menos arrastrarse hasta un pequeño lugar limpio en la tierra, donde el sol brille de vez en cuando y uno pueda calentarse un poco (2000, II:842-844).

Llegamos al núcleo argumentativo de este documento, *de ello depende por completo el éxito* de la carta, y por lo tanto la fuerza expresiva es tremenda. Las metáforas utilizadas por Kafka tienen un valor literario en sí mismas y son verdaderamente estremecedoras, como lo es toda su literatura. Pero llegamos también aquí al meollo de su encrucijada subjetiva y su tragedia personal. ¿Por qué fracasó Kafka en esto que para él era de tanta importancia? No por cierto, como ha sugerido recientemente de forma superficial e incluso no exento de frivolidad, John Banville (2013), por alguna inclinación homosexual. Está ampliamente documentada su relación de todo tipo con mujeres, desde muy joven y hasta el final de su vida. ¿Qué fue entonces lo que determinó el fracaso de sus tres tentativas matrimoniales? La salvación no habría de venirle de sus estudios o su vida profesional, eso lo tiene claro, pero dónde habría de encontrarla. Él expresa con claridad cómo todas las fuerzas positivas, entre las que sólo cabe mencionar

su escritura, y todas las fuerzas negativas, en donde se alinean las influencias derivadas de la educación paterna, se conjuntan aquí *para formar un verdadero cordón de seguridad entre el matrimonio y él*. La salvación y su cura, escapar de su padre, sólo podrá venirle de su escritura, para lo cual, es necesario ese cordón de seguridad.

No obstante, en lo tocante a mis proyectos matrimoniales, no te falta algún argumento, y lo has utilizado: dices que no puedes sentir mucho respeto por mi decisión después de que rompiera y retomara dos veces el compromiso con Felice,<sup>3</sup> después de que os arrastrara a ti y a mamá a Berlín, a la petición de mano, para luego echarme atrás, etcétera. Todo eso es cierto, pero la cuestión es: ¿cómo llegó a suceder? [...] Ninguna de las dos chicas<sup>4</sup> me ha decepcionado, sólo yo a ellas. Mi opinión sobre ambas es hoy exactamente la misma que entonces, cuando les propuse el matrimonio.

Tampoco es cierto que en mi segundo proyecto matrimonial no haya sabido aprovechar la experiencia del primero, y me haya comportado con ligereza. Simplemente eran dos casos muy distintos, y precisamente la experiencia previa me daba esperanzas para el segundo intento, que era mucho más prometedor en todos los sentidos. No entraré en detalles. Así pues, ¿por qué no me he casado? Había algunos obstáculos, como los hay en todas partes, pero la vida consiste precisamente en superarlos. Sin embargo el obstáculo esencial, por desgracia invariable en todos los casos, es el hecho de que por lo visto soy mentalmente incapaz de casarme. En la práctica, lo que sucede es que, desde el momento en que decido casarme, no puedo dormir más, tengo horribles dolores de cabeza día y noche, mi vida se convierte en un infierno, y voy por ahí dando tumbos presa de la desesperación. No es por culpa de las preocupaciones; desde luego, como es lógico en una persona tan depresiva y obsesiva como yo, me asaltan incontables preocupaciones, pero no son decisivas; son como los gusanos: se encargan de devorar el cadáver, pero el golpe decisivo no

<sup>3</sup> Kafka se comprometió con Felice Bauer en dos ocasiones, en junio de 1914 y en julio de 1917.

<sup>4</sup> En el verano de 1919, pocos meses antes de escribir la presente *Carta*, Kafka se había enamorado de Julie Wohrysek.

lo han dado ellos. Es la presión generalizada del miedo, la debilidad, el desprecio a mí mismo.

Voy a intentar explicarme con más exactitud. En mis proyectos matrimoniales conflúan con más fuerza que en ningún otro lugar dos principios aparentemente opuestos de mi relación contigo. El matrimonio es sin duda el salvoconducto que da paso al mayor grado posible de emancipación e independencia. Casándome, tendría una familia, la meta más alta que a mi parecer puede alcanzarse, y por tanto también la más alta que tú has alcanzado; así que por fin estaría a tu altura, y todas las humillaciones y abusos antiguos y eternamente renovados pasarían inmediatamente a la historia. Sería fabuloso, desde luego, pero precisamente ahí está el problema: es demasiado, no se puede aspirar a tanto. Es como el preso que tiene no sólo la intención de evadirse, lo que sería factible, sino también, y al mismo tiempo, la de transformar la cárcel en un palacete para sí mismo. Pero si huye no puede transformar la cárcel, y si transforma la cárcel no puede huir. Dada la desgraciada relación que mantenemos, si quiero emanciparme debo hacer algo que tenga la menor relación posible contigo; el matrimonio es ciertamente lo más grande y abre paso a la más respetable forma de emancipación, pero al mismo tiempo está estrechamente ligado a ti. Querer resolver ese dilema tiene algo de locura, y todo intento ha de pagarse poco menos que con ella (2000, II:848-850).

Kafka no se engaña en ningún momento, sabe que es mentalmente incapaz de casarse, por lo que la argumentación llega aquí a su punto crucial, ya que es esta condición trágica lo que lo lleva a figurarse a partir de una metáfora donde él es un cadáver, sus preocupaciones, nos dice, *son como los gusanos que se encargan de devorar el cadáver*, pero el golpe decisivo lo ha dado su padre, de quien ha derivado *la presión generalizada del miedo, la debilidad, el desprecio* a sí mismo. Es impactante la profunda indagatoria que en esta carta lleva a cabo Kafka, carta que nunca habría de hacer llegar a su padre pero que entrega a una mujer, Milena. Toda la disputa, como es evidente, gira en torno al padre pero de una forma que podríamos llamar solipsista. Que es a donde queremos llegar: sorprendentemente hay una trampa en el último de sus argumentos, algo falla. Si como ha sostenido, su fracaso ante la vida, tal como lo entiende, es consecuencia de la forma

en que fue educado por su padre, es indudable que es en ese terreno donde tendría que resolverse el dilema, el juicio, podríamos decir, ya que se trata de un alegato judicial. En este punto, por única vez, la metáfora utilizada por Kafka para expresar el conflicto no se sostiene, y en esto reside la falla, ya que un preso o ha de pretender escapar o ha de buscar transformar la cárcel en un palacete, ya que desde una lógica elemental ambas opciones son mutuamente excluyentes y Kafka así lo entiende. Pero precisamente ahí algo de capital importancia aparece, lo cual no escapa a su atención cuando dice que *querer resolver ese dilema tiene algo de locura o ha de pagarse con la locura*. No se trata de que hubiese perdido la razón, sino por el contrario, que no obstante su gran lucidez e inteligencia, hay algo en ese dilema que Kafka no alcanza a asir, algo escapa a su capacidad de comprensión, y esto es así precisamente, porque atañe a la indecidibilidad de su deseo, es decir, que el deseo del que habla es al mismo tiempo una cosa y la otra, por lo que se convierte en indecidible, desea casarse pero al mismo tiempo sabe que debe alejarse del matrimonio porque desea escribir, y aunque le resulten inconciliables ambas cosas están presentes en la simultaneidad de su metáfora, que en este sentido es deslumbrante. Porque si bien es posible afirmar, cosa que habrá que comprobar en otro trabajo, que la cercanía de una mujer le resulta indispensable a su escritura, ésta tiene que darse bajo condiciones particulares; de gran intimidad, y lejanía a la vez. De otra forma el matrimonio, que es lo que más desea, se convierte en una amenaza para su trabajo de escritura.

Hay que entenderlo así: ya he sugerido que mi dedicación a escribir y todo lo que la rodea ha sido una especie de pequeña tentativa de emancipación, un intento de huida con un éxito minúsculo, que no me llevará mucho más lejos, a juzgar por la mayoría de los indicios. Y sin embargo, mi deber, o mejor dicho, mi razón para vivir, es velar por ese intento, atajar en lo posible todo peligro que se cierna sobre él, y hasta la posibilidad misma de que tal peligro se produzca. El matrimonio es una de esas posibilidades; también encierra en sí el mayor desafío, pero a mí me basta con que encierre en sí un peligro. ¿Qué haría yo si el peligro se confirmase? ¿Cómo podría seguir viviendo en el matrimonio, con el presentimiento constante, quizá indemostrable, pero en cualquier caso

irrefutable, de ese peligro? Puedo tener dudas, pero está claro que he de acabar echándome atrás. La imagen del pájaro en mano y los ciento volando no puede aplicarse directamente a mi caso. En la mano no tengo nada, todo está volando, y aun así me veo obligado a escoger la nada: así lo exigen las circunstancias de nuestro conflicto y mi angustia ante la vida (2000, II:852).

Así, casi para finalizar su carta, las cosas han virado trágicamente. Si bien toda la argumentación apuntaba al enjuiciamiento del padre, en donde Kafka, a consecuencia de la educación recibida, habría sido inhabilitado para el matrimonio; ahora, al final, el planteamiento gira hacia una renuncia en razón del interés superior que la escritura le supone, de tal suerte que toda la culpa recaería sobre él. El matrimonio aparece como un peligro, si bien solamente presentado e indemostrable, del que hay que abstenerse con el propósito de preservar, al costo que sea, su trabajo de escritura, para eso ha de vivir, para esa nada como él lo expresa:

Por supuesto, en la realidad las cosas no encajan tan limpiamente como los razonamientos de mi carta; la vida es algo más que un simple rompecabezas. Pero con las matizaciones que se deriven de esta objeción, que no puedo ni quiero exponer con detalle, hemos llegado, a mi parecer, a algo tan cercano a la verdad, que puede tranquilizarnos un poco a los dos y hacernos más llevaderas la vida y la muerte. *Franz* (2000, II:855).

Así termina su carta, pero en la última línea persiste el enigma y su cifra con la que sella su destino, en una nota hecha en su diario el 19 de octubre de 1921, dos años después de esta carta, Kafka escribe con fulgurante claridad:

Quien en vida no se las arregla con la vida necesita una de sus manos para rechazar un poco la desesperación por su destino –eso sucede de modo muy imperfecto–, pero con la otra mano puede ir anotando lo que él ve debajo de las ruinas, pues él ve otras cosas y más cosas que los

otros, estando como está muerto en vida y siendo como es el verdadero superviviente. Esto suponiendo que no necesite sus dos manos, y más que tuviera, para luchar contra su desesperación (2000, II:652).

## Bibliografía

- Banville, John (2013), “Un Kafka diferente”, *The New York Review of Books*, 24 de octubre de 2013, (traducción: Pablo Duarte), para *Letras Libres*, marzo de 2014.
- Brod, Max (1937), *Kafka*, Madrid, Alianza Editorial, El libro de Bolsillo, núm. 550, 1982.
- Campbell, Federico (2014), *Padre y memoria*, México, Océano.
- Derrida, Jacques (1966), “Freud y la escena de la escritura”, conferencia publicada en *Tel Quel* y en 1967 en *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Anthropos, 1989.
- (2003), *Márgenes de la filosofía*, Madrid, Cátedra.
- Freud, Sigmund (1914), “Recordar, repetir y reelaborar (nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II)”, en *Obras completas*, tomo XII, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1976.
- (1925a), “Nota sobre la ‘pizarra mágica’”, en *Obras completas*, tomo XIX, Buenos Aires, 1976.
- (1950) (1895) “Proyecto de psicología”, en *Obras completas*, tomo I, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1976.
- (1985), *Cartas a Wilhelm Fliess (1887-1904)*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1986.
- Hanns, Luiz Alberto (1996), *Diccionario de términos alemanes de Freud*, Buenos Aires, Grupo Editorial Lumen Lohlé, 2001.
- Kafka, Franz (2000), *Obras completas*, 3 tomos, edición dirigida por Jordi Llovet, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de lectores.
- Kundera, Milan (1979), “Conferencia pronunciada en la Universidad Nacional Autónoma de México” y publicada como prólogo a la edición de *La metamorfosis* y *El proceso*, México, Porrúa, 2009.
- Löwy, Michael (2007), *Franz Kafka, soñador insumiso*, México, Taurus.
- Martínez Ruiz, Rosaura (2013), *Freud y Derrida: escritura y psique*, México, Siglo XXI Editores.
- Montes de Oca, Alejandro (2001), *Kafka. La atroz condena de la literatura*, México, UAM-Xochimilco, 2013.

- Percia, Marcelo (2010), “Kafka, partidas del sentido”, en *Kafka: preindividual, impersonal, biopolítico*, Buenos Aires, Ediciones La Cebra.
- Runfola, Patrizia (2006), *Praga en tiempos de Kafka*, Barcelona, Bruguera Ensayo.
- Wagenbach, Klaus [1958], *La juventud de Franz Kafka (1883-1912)*, Venezuela, Monte Ávila Editores, 1969.